

# **Dinámica de la desigualdad social y la segregación espacial en tres áreas metropolitanas de México**

Marina Ariza  
Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM

Patricio Solís  
El Colegio de México

## **Introducción<sup>1</sup>**

En la mayoría de los países de América Latina, las décadas de finales del siglo XX han constituido un período de profundos cambios sociales y económicos. Teniendo como parteaguas común la crisis del llamado modelo de sustitución de importaciones hacia finales de los años 70, una serie de transformaciones estructurales han modificado el perfil económico de las sociedades latinoamericanas reposicionándolas en el contexto de la división internacional del trabajo. La acentuada vocación externa, la reconversión de la industria manufacturera, el crecimiento de los servicios, la reducción del papel social del Estado, la flexibilidad y la desprotección laboral, son algunos de los hitos que sumarizan el conjunto de las transformaciones ocurridas. Dichos cambios se esgrimieron como paso necesario para allanar el camino hacia la integración exitosa de las economías latinoamericanas en el cada vez más competitivo entorno internacional.

La delineación del nuevo escenario incluía también una dimensión espacial en la medida en que contemplaba una refuncionalización del papel económico de las ciudades. A la excesiva centralización espacial de la producción que caracterizó al antiguo esquema de crecimiento, expresada de forma elocuente en la pronunciada primacía del mapa urbano latinoamericano, sucedería un patrón más diversificado en la localización de la inversión dictado en gran medida por la ubicación estratégica de los centros urbanos de cara a la integración económica global. Este proceso de diversificación regional de las actividades productivas estaría acompañado de transformaciones paralelas en la especialización económica de las ciudades en virtud de las cuales las de mayor tamaño (metrópolis) acentuarían su carácter terciario, mientras las restantes fortalecerían su papel como productoras de bienes manufacturados (Satanback, T. y T. Noyelle, 1982, citado por Pozos, 1996). Dichos cambios serían a su

---

<sup>1</sup> Agradecemos al Instituto Nacional de Geografía, Informática y Estadística, en especial al Ingeniero Pedro Cornejo y a la Lic. Marcela Eternod, el apoyo brindado en el procesamiento de las bases de datos en que se sustenta parte de la información elaborada para esta ponencia.

vez relativamente más acentuados en las metrópolis que en las ciudades de menor tamaño (Ibídem).

Al cabo de varias décadas de haber entrado en vigencia el nuevo modelo de crecimiento económico, no queda lugar a dudas que una de sus consecuencias menos deseables ha sido el aumento de la desigualdad social. Ciertamente era difícil que no sucediera así cuando, por un lado y en aras de la competitividad internacional, quedaron sin efecto varios de los mecanismos institucionales que -vía la redistribución social- permitían suavizar algunos de los efectos negativos inherentes a la economía de mercado. Y, por otro, han sido muchos los vaivenes económicos que han sacudido a las economías latinoamericanas en el esfuerzo constante por encauzar un modelo de crecimiento que aumenta su vulnerabilidad externa. Aun cuando los perfiles de esta creciente desigualdad han sido destacados de múltiples maneras, son pocos los estudios que en América Latina abordan su dimensión espacial.

Tomando como objeto de análisis las tres más importantes metrópolis del país (México, Guadalajara y Monterrey), el presente trabajo se centra en la segregación espacial socioeconómica como dimensión particular de la desigualdad social. El objetivo es conocer si las profundas transformaciones ocurridas en el contexto socioeconómico nacional en las últimas décadas hallan también un correlato en los patrones de segregación espacial socioeconómica observados en 1990 y 2000. La fuente de información empleada son los censos de población para cada uno de estos años y la unidad de referencia espacial es el área geoestadística básica (AGEB).

El trabajo se divide en cinco partes. En la primera se lleva a cabo una somera revisión de los antecedentes de los estudios de segregación espacial en México. En la segunda, se realiza una descripción de los rasgos demográficos y socioeconómicos que distinguen a estas ciudades con la finalidad de proveer un contexto de referencia para la interpretación de los hallazgos. En la tercera se exponen los datos elaborados para cada una de las metrópolis en los dos años de referencia, seguidos de una discusión de las tendencias en la cuarta parte. En la quinta y última sección se sintetizan las conclusiones.

## **I. Antecedentes de los estudios de segregación espacial en México**

A pesar de su indudable relevancia analítica, son pocas las investigaciones que en la sociodemografía mexicana abordan el estudio de la segregación espacial. Una somera inspección a los textos publicados desde la década de los ochenta arroja poco más de

una docena. Como destaca Schteingart (2001) en su revisión sobre el tema, tal escasez obedece en parte a obstáculos metodológicos derivados de las limitaciones que a la desagregación espacial planteaban las distintas fuentes censales. Ha sido sólo a partir del censo de 1990 cuando se ha logrado simultáneamente: a) una mayor desagregación espacial al nivel de las llamadas áreas geoestadísticas básicas o AGEBS<sup>2</sup>; b) una extensión de la factibilidad de esta escala de análisis a otras áreas metropolitanas, además de la Ciudad de México. Antes de esta fecha, las investigaciones centradas en análisis empíricos de áreas metropolitanas debían focalizarse exclusivamente en la Ciudad de México y su zona conurbada, pues sólo para ella existía la información relativa a la diferenciación espacial al nivel de desagregación de las delegaciones y/o municipios; unidades espaciales mucho más grandes y heterogéneas que las actuales AGEBS.

El año de 1990 aparece, por tanto, como un parteaguas en la trayectoria seguida por los estudios de segregación espacial en el país. Tomándolo como referencia podemos clasificar en un antes y después las investigaciones realizadas, destacando sus rasgos diferenciales en uno y otro momento del tiempo. Aquéllas efectuadas entre 1980 y 1990 (Rubalcava y Schteingart, 1985 y 1987; Delgado, 1990), toman como período de análisis los años de mayor celeridad del crecimiento urbano del país (1950-1970; 1950-1987), y procuran encontrar patrones en la distribución diferencial de las unidades espaciales (municipios o delegaciones) de acuerdo con ciertas características socioeconómicas (indicadores de desigualdad social tales como: el ingreso, la escolaridad, la población trabajadora y sus tipos; o diferencias en el nivel de equipamiento y los servicios públicos). De forma directa o indirecta, estos esfuerzos dialogan con algunas de las ideas seminales en los estudios de segregación espacial, como la de la curva decreciente que cualquier indicador estadístico mostraría conforme se incrementa su distancia del centro (Burguess, 1925, citado por Delgado, 1990). El acercamiento metodológico es diverso, pero dos de las investigaciones recurren a modelos estadísticos (análisis factorial) para establecer los niveles de estratificación de las unidades espaciales observadas.

Es interesante destacar la concordancia entre sus hallazgos empíricos más relevantes. Por un lado se corrobora la existencia de un proceso de consolidación urbana en clara correspondencia con el importante momento de expansión que por esos años

---

<sup>2</sup> EL AGEBS es la división geográfica mínima utilizada por el INEGI para fines estadísticos. En el caso de las ciudades, el tamaño de la AGEBS corresponde aproximadamente al de un barrio o una colonia.

vive la ciudad principal<sup>3</sup> en el contexto del *crecimiento estabilizador* impulsado por el modelo de sustitución de importaciones. Por otro, se constata que dicha tendencia tiene lugar en concomitancia con procesos no menos significativos de segmentación y polarización socioespacial, los que tienden a acentuarse a partir de 1970<sup>4</sup>.

Las investigaciones posteriores a 1990, en cambio, son más diversificadas tanto en lo que se refiere a las unidades espaciales utilizadas, las ciudades objeto de atención, como las metodologías o estrategias analíticas, aunque hay que señalar que sigue predominando el recurso al análisis factorial como método estadístico preferido para delimitar los niveles de estratificación socioeconómica (Alegría, 1994; Rubalcava y Chavaría, 1999a y b; Garza, 1999; Rubalcava y Schteingart, 2000 a y b; Hernández Gómez, 2001; Duahu, 2003). El período de análisis al que se abocan no es ya el de crecimiento estabilizador acompañado de altas tasas de urbanización, sino las décadas del ochenta y del noventa: los años de crisis y reestructuración económica, de desaceleración del incremento poblacional y de descenso en el ritmo de urbanización a nivel nacional. Si bien casi todos los estudios se centran en el año de 1990, por las razones antes expuestas, hay esfuerzos por establecer comparaciones temporales con años previos que necesariamente implican modificar las unidades espaciales de referencia en detrimento de la comparabilidad, pero que no dejan de arrojar resultados valiosos (Rubalcava y Schteingart, 2000a; Garza, 1999). Pero antes que en el eje temporal, es en la dimensión espacial donde se observa la mayor diversificación analítica en este segundo subconjunto de trabajos, al ampliarse el número de metrópolis analizadas. Junto a la Ciudad de México figuran también Guadalajara, Monterrey, Puebla y Tijuana. A los indicadores tradicionales de segregación socioeconómica (porcentajes de población con determinadas características: ingreso, escolaridad, agua entubada, PEA, tenencia, etc., en cada estrato) se suman ahora la construcción de índices de marginación (Rubalcava y Chavaría, 1999a y b) y de segregación espacial (Hernández Gómez, 2001).

Los resultados a que estas distintas investigaciones arriban son dispares, pero existen algunos puntos de encuentro. En la dimensión *temporal*, y en lo que a la

---

<sup>3</sup> Esta consolidación implica un mejoramiento de las condiciones socio-espaciales de la periferia de la ciudad, a medida que avanza la introducción de servicios en ella.

<sup>4</sup> Tal segregación queda de manifiesto, entre otros aspectos, en un proceso de urbanización selectivo y diferenciado que delimitó espacialmente el crecimiento de los sectores medios a ciertos municipios, a la vez que replegó a los estratos pobres hacia ciertas zonas de la ciudad, como el oriente en el caso de la Ciudad de México (Delgado, 1990). Históricamente se han conformado así dos ejes de diferenciación espacial: uno que opone el norte y el sur de la ciudad, otro, el oriente y poniente; donde el sur y el poniente constituyen los nichos privilegiados en términos socioeconómicos (Schteingart, 2001).

segregación socioespacial se refiere, tanto Garza (1999) como Rubalcava y Schteingart (2000a) comprueban cierto grado de acentuación de las distancias sociales, el primero para Monterrey en el lapso 1970-1990, y las segundas para la Ciudad de México entre 1980 y 1990. Así, mientras en Monterrey tuvo lugar un ensanchamiento de las desigualdades socioeconómicas entre el municipio central y los periféricos de reciente incorporación, en la Ciudad de México se duplicó con creces la proporción de habitantes residentes en las unidades más pobres a la vez que disminuyó el porcentaje de los que vivían en las unidades de mayor desarrollo socioespacial.<sup>5</sup>

En el eje *territorial (o espacial)*, la comparación entre las áreas metropolitanas de Ciudad de México, Guadalajara, Monterrey y Puebla, con base en los índices de marginación y otros indicadores socioeconómicos (Rubalcava y Schteingart, 2000b), deja en una posición ventajosa a la urbe regiomontana con los mejores indicadores relativos, y en el extremo opuesto a la ciudad de Puebla, con los rezagos más importantes en términos de bienestar social. Guadalajara y la Ciudad de México quedan en una posición intermedia, aunque si la comparación se restringiera a estas dos urbes, la ciudad tapatía llevaría sin duda la delantera en términos de bienestar social (Rubalcava y Chavaría, 1999<sup>a</sup> y b; Rubalcava y Schteingart, 1999 a y b).

Los estudios realizados para otras metrópolis, como Tijuana (Alegría, 1990; Hernández Gómez, 2001), ambos para 1990, no persiguen una finalidad comparativa, ni en el eje temporal (con otros años) ni en el espacial (respecto de otras metrópolis), sino que se focalizan en el análisis de la segregación espacial socioeconómica en un contexto metropolitano de creciente dinamismo económico y demográfico<sup>6</sup>. Alegría (1994) realiza un esfuerzo por complejizar el bagaje teórico de la noción de segregación socioeconómica al incluir las aportaciones de Bordieu a la idea distancia social implícita en el concepto segregación,<sup>7</sup> procurando además dotarla de un sustento empírico. Hernández Gómez (2001), por su parte, es el único de los autores revisados que en el contexto nacional se propone explícitamente someter a escrutinio empírico la hipótesis

---

<sup>5</sup> Es necesario acotar que las autoras hacen la salvedad de que dicha variación puede explicarse tanto por el impacto de la crisis económica, como por la incorporación de seis nuevos municipios en los estratos bajo y muy bajo, por lo que no es posible afirmar categóricamente que haya tenido lugar un incremento de la desigualdad espacial.

<sup>6</sup> En virtud de la fuerte inversión externa en las industrias maquiladoras, la ciudad de Tijuana, como otras ciudades fronterizas, ha registrado un importante crecimiento económico desde mediados de los 80, el que se a su vez se ha convertido en un foco de atracción permanente para la migración interna.

<sup>7</sup> Este empeño es en sí mismo destacable, vista la ambigüedad e imprecisión conceptual que con frecuencia ha caracterizado los estudios de segregación espacial en el país, según la opinión de Schteingart (2001).

en boga de la dualización de la ciudad como expresión espacial del proceso de globalización económica (Sassen, 1991; Borja y Castels, 1997)<sup>8</sup>. Sus resultados encuentran un respaldo empírico a dicha hipótesis, en virtud del cual la población ubicada en la cúspide de la estratificación social se vincula con el sector terciario de la economía, en el que la migración no constituye un factor de segregación espacial, mientras la situada en la base de la pirámide social se relaciona preferentemente con actividades del sector secundario en las que la migración sí es un factor de segregación. Este es, por cierto, el único de los estudios nacionales revisados que recurre a la construcción de índices de segregación *per se*.

Finalmente, nuevos ejercicios sobre la Ciudad de México, como los de Rubalcava y Schteingart (2000a), Duahu (2003), y Arriagada y Rodríguez Vignoli (2003), reafirman una vez más los rasgos más conocidos de la segregación socioespacial en la principal metrópoli del país: la relativa homogeneidad de las zonas periféricas *versus* la mayor variación interna de los estratos altos, aspecto por lo demás característico de la división social del espacio en las urbes latinoamericanas respecto de sus homólogas estadounidenses (Sabatini, 2003)<sup>9</sup>. Las primeras autoras encuentran que -en contraste con los hallazgos de sus investigaciones previas- en el año 1990 perdió vigencia el fenómeno de consolidación urbana como factor explicativo de la distribución socioeconómica del espacio en la Ciudad de México. Los estudios de Duahu (2003) y Arriagada y Rodríguez Vignoli (2003) son los únicos de los examinados que utilizan los datos del censo del 2000 y se enfocan por tanto en un período de análisis más reciente (1995-2000). Centrándose en la movilidad residencial intrametropolitana, Duahu (2003) constata que los grupos de altos ingresos se concentran en un número limitado de jurisdicciones (11 en total), mientras Arriagada y Rodríguez Vignoli (2003) describen un patrón de concentración territorial según el cual los grupos de altos ingresos se ubican en zonas integradas y bien conectadas con la ciudad, mientras los de menores ingresos se encuentran dispersos a lo largo periferia

---

<sup>8</sup> De acuerdo con la formulación de Sassen (1991), las transformaciones socioeconómicas en curso son el motor de los cambios en las estructuras espaciales. La dualización (polarización) de la estructura social a que conduce la globalización halla su correlato en la fuerte tendencia a la polarización socio-espacial que exhiben las ciudades.

<sup>9</sup> Schteingart y Rubalcava (2000a) puntualizan, sin embargo, que la mayor variación interna de los estratos altos no indica que exista necesariamente una gran coexistencia entre clases sociales en las unidades donde habitan los sectores más pudientes de la sociedad, pues en ellas los estratos bajo y muy bajo son prácticamente inexistentes.

metropolitana.<sup>10</sup> En opinión de estos últimos autores, la “dualización” de los perfiles de los barrios que sus datos muestran permite sustentar la hipótesis de la extensión de la polarización social hacia los indicadores territoriales, otro modo de corroborar la hipótesis planteada por Sassen (1991) y por Borja y Castels (1997).<sup>11</sup> Es de destacar la ampliación del repertorio de indicadores estadísticos para medir la división social del espacio –incluida la segregación socioeconómica– en este último grupo de autores.<sup>12</sup>

Esta somera revisión permite arribar a algunos puntos de consenso en lo que a nuestras tres metrópolis se refiere. El primero de ellos es que la división social del espacio de las principales urbes metropolitanas del país –pero sobre todo de la Ciudad de México– es fiel al patrón que caracteriza a las ciudades latinoamericanas, de alta homogeneidad de los sectores populares y relativa heterogeneidad en los sectores altos, cualesquiera sean los indicadores que se utilicen para jerarquizarlos socioeconómicamente. Segundo, que un esfuerzo de contrastación sustentado en la construcción de índices de marginación y otros indicadores socioeconómicos, ubica a la ciudad de Monterrey en el rango de menor desigualdad espacial socioeconómica, seguida de Guadalajara y de la Ciudad de México, si bien hay matices importantes en esta diferenciación (Rubalcava y Chavaría 1999a y b; Rubalcava y Schteingart 2000b) y b)<sup>13</sup>. Tercero, que existe evidencia tangencial y aún no muy consistente a favor de la idea de una acentuación de los patrones de desigualdad espacial para Monterrey y Ciudad de México en las últimas décadas, con base en distintas unidades de referencia espacial y diversos períodos de estudio. Cuarto, que por las limitaciones de información antes referidas, no se ha realizado hasta ahora un estudio sistemático de carácter

---

<sup>10</sup> Aunque se refiere a México, el trabajo de estos autores se realizó en Chile y forma parte de un estudio más amplio en el que se comparan junto a México otras metrópolis latinoamericanas (Lima y Santiago de Chile). En dicha comparación la Ciudad de México muestra índices de segregación de Duncan menores a los de Santiago.

<sup>11</sup> Son pocos los trabajos que en América Latina se abocan a evaluar directamente la pertinencia empírica de dicha tesis. Dicho esfuerzo lo emprenden Preteceille y Queiroz Ribeiro (1999) al comparar las tendencias de la segregación social en París y Río de Janeiro durante los 80. Los autores concluyen que la evolución de la estructura social y de la segregación está más fuertemente vinculada con las transformaciones profundas y progresivas de la base productiva y del mercado de trabajo generadas por la emergencia de la economía de servicios, que por los impactos coyunturales de la globalización financiera.

<sup>12</sup> Duahu construye lo que llama un índice de atracción migratoria que le permite trazar una centralidad distinta a la tradicionalmente descrita para la Ciudad de México. Arriagada y Rodríguez Vignoli recurren tanto al índice de segregación de Duncan, como a distintos indicadores estadísticos de homogeneidad y heterogeneidad social (coeficientes de variación, relación entre el peso de la varianza entre subdivisiones y dentro de subdivisiones, migración intrametropolitana, etc..) para evaluar la segregación y la división social espacial en sentido general.

<sup>13</sup> Estos matices se refieren al hecho de que –de acuerdo con los datos de Rubalcava y Chavaría (1999a y b) mencionados, si bien en la urbe regiomontana el nivel de bienestar es más alto (la marginación es menor), la distancia (desigualdad) entre los estratos a partir del ingreso es mayor, cosa que sucede también a otra escala en Guadalajara.

comparativo que permita evaluar la magnitud y las características de la segregación espacial socioeconómica en las tres metrópolis principales del país en dos momentos del tiempo, tomando como base la misma unidad de referencia espacial, las mismas fuentes de información (censos), considerando distintas dimensiones de estratificación socioeconómica, e incluyendo indicadores específicos de segregación. Quinto, que esta carencia ha impedido avanzar en el conocimiento de las implicaciones de los cambios socioeconómicos recientes sobre la segregación espacial en el contexto mexicano.

## **II. Aspectos contextuales de las ciudades de México, Guadalajara y Monterrey**

Se exponen a continuación los rasgos demográficos y socioeconómicos que caracterizan a las metrópolis objeto de estudio en el contexto nacional.

### *a) Rasgos demográficos*

Conformadas como zonas metropolitanas entre los años cuarenta y cincuenta<sup>14</sup> del siglo pasado, Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey ocupan el primero, segundo y tercer rango, respectivamente, en la jerarquía urbana nacional<sup>15</sup>. Las distancias entre ellas en términos de magnitudes son, sin embargo, considerables, pues la ciudad primada alberga –tanto en 1990 como en 2000- un volumen de población alrededor de cinco veces el de sus sucesoras inmediatas (Cuadro 1). Estas diferencias también se reflejan en el número de municipios y AGEB's que las integran: en 2000 la Ciudad de México contaba con 52 demarcaciones y 4,809 AGEB's, mientras que Guadalajara se constituía por 9 municipios y 1,285 AGEB's, y Monterrey tenía 15 municipios y 1,215 AGEB's.

El dinamismo demográfico que exhiben es también diferencial. Así, aun cuando es posible constatar una tendencia general a la desaceleración del crecimiento en las tres metrópolis, ésta es mucho más marcada en la Ciudad de México que en Guadalajara y Monterrey. Dicho aspecto guarda relación sin duda con una variedad de factores entre los que sobresalen la antigüedad de las urbes metropolitanas, la fase del ciclo de desarrollo urbano en que se encuentran, y el momento de la transición demográfica por el que atraviesa el país. De este modo, mientras en el decenio 1990-2000 las tasas de

---

<sup>14</sup> Ciudad de México y Monterrey se constituyeron como zonas metropolitanas en 1940, Guadalajara diez años después (Sobrino, 2003a).

<sup>15</sup> A principios del siglo XX, Monterrey figuraba en el quinto lugar de la jerarquía, después de la Ciudad de México, Guadalajara, Puebla y León; pero gracias a su vertiginoso dinamismo económico no tardó en destronar a las dos últimas urbes en 1930, para ocupar desde entonces el tercer lugar en la pirámide urbana nacional.

crecimiento medio anual de las áreas metropolitanas de Guadalajara y Monterrey sobrepasan ligeramente los valores nacionales, en la Ciudad de México se encuentran

**CUADRO 1**  
**Rasgos sociodemográficos y socioeconómicos de las áreas metropolitanas**  
**Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey**  
**1990 y 2000**

<b>Sociodemográficos</b>	<b>Ciudad de México</b>		<b>Guadalajara</b>		<b>Monterrey</b>	
	'1940		'1950		'1940	
Año de constitución	1990	2000	1990	2000	1990	2000
<i>Rango</i>	1	1	2	2	3	3
<i>Población</i>	14840109	17374735	2925604	3633637	2583932	3289829
<i>Tasa de crecimiento 1990-2000</i>		1.58		2.17		2.42
<i>% menores de 15 años</i>	33.5	31.3	37.9	33.6	34.0	30.5
<i>% mayores de 65 años</i>	3.8	4.6	4.1	4.5	3.7	4.4
<b>Socioeconómicos</b>						
<i>Distribución de PEA por sectores de actividad</i>						
<i>Agrícola</i>	4.7	4.5	5.0	4.9	4.1	4.4
<i>Industrial</i>	32.0	25.7	36.9	34.1	42.2	38.2
<i>Servicios</i>	63.3	69.7	58.0	61.1	53.6	57.4
<i>Total</i>	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
<i>% población con educación superior</i>	15.5	17.7	14.1	16.8	16.0	19.5
<i>% trabajadores en ocup. no manual calif.</i>	22.3	23.6	19.1	20.0	20.4	22.0
<i>% trabajadores con altos ingresos</i>	8.6	7.7	8.6	7.1	9.0	9.8
<i>% de hogares con altos ingresos</i>	5.6	7.3	5.8	6.1	6.2	7.4

Fuentes: Censos Nacionales de Población Vivienda, 1990 y 2000

claramente por debajo. Este aspecto denota el carácter netamente expulsor de la principal área metropolitana del país, visible ya desde los años 80 (Chávez, 1997). En contraste, Guadalajara y Monterrey exhiben un comportamiento migratorio moderado (Sobrino, 2003a). Los datos contenidos en el cuadro 1 permiten entrever una presencia de la migración levemente mayor en Monterrey que en Guadalajara, a juzgar por su ritmo de expansión demográfica, si bien es el crecimiento vegetativo el principal responsable de la expansión poblacional de ambas metrópolis.

El avance relativo en el proceso de metropolización es mayor en la Ciudad de México y en Monterrey que en Guadalajara, en términos relativos. En contraste con esta última, las otras dos ciudades entraron ya en la última década del siglo XX en el momento en el que tiene lugar un repoblamiento (absoluto o relativo) de la ciudad central (reurbanización), que en este caso ha sido ocasionado por una cierta reactivación económica. Guadalajara en cambio, se encuentra todavía en la fase opuesta e inmediatamente anterior: la de despoblamiento de la ciudad central, conocida como suburbanización (Sobrino, 2003a). Este aspecto resulta a su vez coherente con el carácter bifuncional del tipo de centralidad que exhibe la metrópoli jalisciense, en oposición a la naturaleza mucho más policéntrica de las ciudades de México y Monterrey (Sobrino, 2003b)<sup>16</sup>.

A pesar de las diferencias recién señaladas, la estructura de edades de las tres ciudades es muy parecida. Alrededor de un tercio de la población tiene menos de 15 años de edad, aunque estos porcentajes son ligeramente mayores para Guadalajara y muestran en los tres casos una tendencia de descenso en el tiempo, asociada al avance de la transición demográfica. En el otro extremo, menos de 5% de la población tiene 65 años y más, aunque se prevé que este porcentaje se incremente sustancialmente en las próximas décadas. En conjunto, estas cifras muestran que las tres ciudades se encuentran en la misma fase de transición en términos de su estructura demográfica.

En cuanto a los indicadores socioeconómicos, es Monterrey la que ostenta los más altos niveles de escolaridad, seguida de la Ciudad de México y de Guadalajara, a juzgar por el porcentaje de personas con escolaridad superior, particularmente en el año 2000 (ver cuadro 1). En contraste con estos datos, los indicadores de marginación dejan muy mal parada a la principal urbe del país. A principios de la década de estudio, en

---

<sup>16</sup> La medida de centralidad utilizada por el autor es la comparación del número de personas que trabajan en una unidad territorial con el de los trabajadores (PEA) que residen en dicha unidad. De acuerdo con sus datos, la mayoría de las zonas metropolitanas del país tiene una estructura ocupacional monocéntrica (Sobrino, 2003b).

1990, el porcentaje de población que acusaba niveles altos y muy altos de marginación era ostensiblemente mayor en la Ciudad de México que en Guadalajara y Monterrey (Rubalcava y Chavarría, 1999a y b). Sin duda, la mejor situación relativa la exhibía la urbe regiomontana, con alrededor de un 46.7% de sus habitantes en los estratos de baja y muy baja marginación, seguida de Guadalajara, con 37.7% y Ciudad de México, con 27.7%. Los datos contenidos en el cuadro 1 corroboran también que es mayor el porcentaje de individuos que devengan altos ingresos laborales en Monterrey que en las otras dos ciudades, y que esta brecha se incrementó entre 1990 y 2000. Es menester aclarar, no obstante, que según la información recabada por Rubalcava y Chavarría (1999<sup>a</sup> y b), a pesar de la menor marginación relativa, la concentración del ingreso era mucho más acusada en Monterrey que en las otras dos metrópolis<sup>17</sup>, como también las distancias entre los estratos ubicados en los extremos del *continuum* de marginación, situación que se replicaba también en ese entonces en la capital jalisciense. Paradójicamente, entonces, y de acuerdo con los datos referidos, a principios de los 90 la polarización del ingreso era comparativamente menor en la urbe que mostraba los más altos niveles relativos de marginación, la Ciudad de México, que en las otras dos concentraciones metropolitanas.

#### *b) Dinámica socioeconómica*

Las tres ciudades objeto de atención han jugado tradicionalmente papeles económicos netamente diferenciados en el escenario urbano nacional. La importancia de la Ciudad de México es por sí sola evidente. Ubicada en el centro del país, ha constituido históricamente el eje gravitacional del sistema urbano nacional. En ella se focalizó la inversión productiva que relanzó el proceso de industrialización y de desarrollo socioeconómico del país en los años 40 y 50, en el marco de la estrategia económica de fortalecimiento del mercado interno y de sustitución de las importaciones. Es este mismo aspecto el que explica que constituyera a su vez el receptáculo principal de los cuantiosos flujos de migración rural urbana que acompañaron al cambio sectorial de la economía.

La serie de altibajos y transformaciones económicas que signan las dos últimas décadas del siglo XX, han tenido también repercusiones decisivas sobre el perfil socioeconómico de la principal urbe del país. Por un lado, la aguda crisis de los años 80

---

<sup>17</sup> Así, por cada trabajador ocupado con más de 5 salarios mínimos en el estrato más marginado, había 301 en el estrato de mayor consolidación urbana y mejor nivel socioeconómico.

y la secuela de devaluaciones que le sucedieron<sup>18</sup>, impactaron severamente su planta industrial induciendo un proceso de relativa desindustrialización de su estructura económica que –aunque luego tendió a recuperarse<sup>19</sup>- le hizo perder el lugar hegemónico de que gozaba en la industria manufacturera nacional (Millán, 2000). Por el otro, el afianzamiento del proceso de reestructuración y la mayor vocación externa de la economía nacional en el contexto de la globalización, han restado fuerza a la inversión productiva en el centro del país –incluida la Ciudad de México- en la medida en que ha tenido lugar una diversificación regional de las actividades económicas. Como ha sido ampliamente documentado, en esta nueva organización espacial de la producción han resultado ganadoras netas las ciudades ubicadas en la región fronteriza, en detrimento de la región centro y del resto del país (Olivera Lozano, 1997; Arroyo, 2001; Bendesky, 2003)<sup>20</sup>. Estos aspectos, aunados a la tendencia secular a la expansión de los servicios, han configurado el carácter esencialmente terciario que exhibe hoy en día la economía del de la Ciudad de México, muy lejos sin duda del perfil industrial que la caracterizó en los años de 1940 a 1980.

No obstante, y en parte por la propia heterogeneidad del terciario y los reiterados episodios de crisis y/o estancamiento económico, esta creciente terciarización ha estado acompañada del incremento de los sectores de trabajadores que peores condiciones laborales ostentan: lo no asalariados no profesionales y los propietarios de micro-negocios, así como del empleo carente de prestaciones laborales (García y Oliveira, 2003; Ariza, 2005)<sup>21</sup>. Es con toda seguridad la importante expansión del comercio y de los servicios personales registrada en el período, la que da cobijo a la proliferación de estos grupos de trabajadores urbanos. Junto con ellos han crecido también –aunque relativamente menos- las actividades del terciario más ventajosas en términos laborales: los servicios al productor, los que sin embargo absorben un volumen muy reducido de

---

<sup>18</sup> La moneda se devaluó cerca de 40 veces entre 1982-1986; la inflación rebasó el 100 %, mientras la tasa de desempleo abierto llegó al 12% a mediados de 1983 (Ros, 1985).

<sup>19</sup> Entre 1980 y 1986, el porcentaje de ocupación correspondiente al sector manufacturero en los establecimientos fijos a nivel nacional descendió de 46% a 37% (Garza, 1991; Oliveira y García, 1996). Fueron las empresas destinadas a la producción de bienes de capital y de consumo duradero las más severamente afectadas por la crisis, las que tenían un peso preponderante en las ciudades de México y Monterrey (Olivera Lozano, 1997).

<sup>20</sup> Arroyo (2001) estima que entre 1980 y 1999 se produjo una redistribución de las participaciones relativas de las entidades federativas que representa 8.7 unidades porcentuales del PIB nacional, expresión más que elocuente del proceso de descentralización de las actividades económicas a que hacemos referencia.

<sup>21</sup> De acuerdo con los datos proporcionados por García y Oliveira (2003), el porcentaje de micronegocios se incrementó de 42 a 46% entre 1990 y 1998 en la Ciudad de México. Datos obtenidos para la misma ciudad en los años 1991, 2000 y 2003, constatan tanto un aumento de la informalidad entre 2000 y 2003, como de la fuerza de trabajo sin prestaciones laborales a lo largo de todo el período (Ariza, 2005).

la población trabajadora. Los servicios sociales, por el contrario, otro sector que ofrece en general buenas condiciones de trabajo, han visto disminuir su participación relativa como resultado de las políticas de reducción del papel del Estado (Oliveira, Ariza y Eternod, 2001; García y Oliveira, 2001). Las tendencias descritas corroboran así, en cierto modo, un crecimiento polarizado de la fuerza de trabajo empleada en los servicios, tanto en el nivel nacional como en la Ciudad de México.

Son sin duda otros los rasgos que distinguen la preeminencia urbana de las ciudades de Guadalajara y Monterrey. Cada una de ellas constituye el punto de articulación de dos subsistemas urbanos diferenciados: el del Occidente de México, en el caso de Guadalajara; y el del Noreste -conlindante con Estados Unidos-, en el de Monterrey. A diferencia de la Ciudad de México, la ascendencia de estas dos metrópolis es principalmente regional.

Históricamente Guadalajara fue el asiento de la mediana y pequeña producción artesanal de origen familiar, además de centro de servicios comerciales y administrativos que vinculaba el Occidente de México. Su base económica estaba fincada en la manufactura tradicional de pequeña y mediana escala, orientada principalmente al mercado local y regional (Alba, 1998 y 2005). Se trataba de pequeños establecimientos familiares ligados a la industria alimenticia y de bebidas, a la fabricación del calzado y a la fabricación textil. Por su ubicación geográfica, la metrópoli jalisciense constituye el punto de intermediación natural entre la cuenca del Pacífico y la Ciudad de México (Pozos, 1996).

Gracias a la naturaleza de su mercado, más bien cerrado y de pequeña escala, centrado en la producción de bienes básicos e intermedios para abastecer la demanda local y regional, Guadalajara pudo sortear con relativo éxito el efecto devastador de la crisis de principios de los 80. Otro escenario se delineó sin embargo al inaugurarse la década de los 90, cuando la apertura económica dejó inermes a muchos pequeños productores de base familiar, los que simplemente sucumbieron ante la voraz competencia que representaba la introducción de insumos y mercancías importados a precios mucho más bajos que los manufacturados localmente.

Comparada con Monterrey y la Ciudad de México, la ciudad de Guadalajara acometió relativamente tarde su proceso de reestructuración económica y apertura externa, el que ha ganado ímpetu a partir de los años 90. Dicho proceso ha tenido lugar principalmente a través del establecimiento de industrias maquiladoras de exportación,

entre las que sobresalen las empresas dedicadas a la informática<sup>22</sup>. Se estima que en tan sólo diez años (1991 a 2001) se triplicó el número de maquiladoras del estado de Jalisco, y en sólo cinco (1995-200) tuvo lugar una expansión del 66% en el empleo total (Alba, 2005). La importancia de la industria electrónica para esta entidad federativa sale a relucir en el hecho de que en ocasiones sus exportaciones han alcanzando el orden de magnitud de las exportaciones nacionales de petróleo crudo (Ibidem). Las transformaciones descritas explican parcialmente la elevada competitividad mostrada por Guadalajara en el contexto urbano nacional en la última década<sup>23</sup> (Sobrino, 2003a). Esta creciente competitividad, sin embargo, no ha sido alcanzada sin incurrir en costos considerables. El proceso de apertura y la crisis financiera que lo acompañó abrieron un período de aguda crisis económica a partir de 1988, que minó parte de las bases en la que se sustentaba la estabilidad económica de la metrópoli jalisciense<sup>24</sup>. Durante el mismo resultaron perdedores netos los pequeños y medianos productores de base familiar.

Sin duda, se trató de un tránsito relativamente tardío pero acelerado hacia la apertura económica, que implicó una diversificación de las funciones tradicionales de la ciudad, un cambio tanto en su estructura como en su función en el ámbito internacional (Rodríguez Bautista y Cota Yáñez, 2001). Dicho cambio ha estado acompañado de la ampliación del sector servicios, siendo éste el que mayor porcentaje de fuerza de trabajo aloja en la actualidad. Las transformaciones descritas han tenido a su vez importantes repercusiones sobre la fuerza de trabajo urbana. Por un lado se ha acentuado la feminización del mercado de trabajo en virtud de la alta demanda de mujeres trabajadoras que caracteriza a la industria electrónica maquiladora;<sup>25</sup> por el otro, ha habido un importante crecimiento del empleo, pero también de los trabajos precarios y

---

<sup>22</sup> Varios autores han documentado el proceso de expansión territorial por el que ha atravesado la industria maquiladora en el país recientemente. En virtud del mismo las menos competitivas e intensivas en fuerza de trabajo se han alejado de la zona fronteriza desplazándose hacia ciudades medias o localidades rurales en procura de salarios más bajos y condiciones más atractivas (Fleck, 2001; Carrillo y De la O, 2003). Esta suerte de especialización territorial se deja ver también en el caso de la industria electrónica. Según lo señala Alba (2005), el proceso ha implicado que en la frontera norte se hayan concentrado las empresas electrónicas de audio y video alrededor de la televisión; en el altiplano y en el centro las aplicadas a los electrodomésticos; y en Guadalajara la relacionada con la informática.

<sup>23</sup> De acuerdo con la estimación realizada por Sobrino (2003a: 375), entre 1988 y 1998, Guadalajara mostró el mayor avance en el cambio en la participación absoluta en el valor bruto de la producción nacional, al registrar una ganancia de 1.3 puntos porcentuales, seguida de Puebla, Saltillo, Torreón y Reynosa.

<sup>24</sup> Según refiere Alba (1988:219), durante el interregno negativo la industria extractiva se situó por debajo de los niveles alcanzados en 1982, la construcción se contrajo, y la industria de la transformación entró en un período de estancamiento.

<sup>25</sup> Cerca del 90% de los trabajadores empleados en las fases del trabajo operativo, el soldado y los ensambles, son mujeres (Alba, 2005).

sin protección laboral; en suma, ha tenido lugar un incremento de la heterogeneidad de la fuerza de trabajo.

En contraste con Guadalajara, Monterrey ha jugado un papel estelar como vértice industrial regional. Colindante con Estados Unidos y centro funcional del subsistema urbano del Noreste, ha sido tradicionalmente el eje de la industria pesada y de bienes de capital. Liderada por un empresariado agresivo y compacto, emprendió tempramente (en el siglo XIX) su proceso de industrialización, el que descansó desde sus inicios en la conformación de grandes compañías, tecnológicamente avanzadas y con fuerte inversión de capital. Como destaca Alba (1998), sus empresarios eran ya la clase industrial más poderosa de México veinte años antes de la Revolución. Es menester reconocer que la vecindad con Estados Unidos y la cercanía con ricos yacimientos mineros, jugaron un papel decisivo en el precoz y sostenido proceso de industrialización emprendido por esta metrópoli, pues ambos factores fraguaron las condiciones necesarias para su despegue económico. Casi desde sus inicios- y a contracorriente de Guadalajara-, la producción regiomontana se orientó tanto al mercado internacional estadounidense (metálica básica), como al nacional (siderurgia) (Garza, 1995; Pozos, 1996; Alba, 1998). Esta doble orientación –regional e internacional- ha permanecido como una constante del mercado regiomontano, con la salvedad de que ahora se han diversificado los destinos y vínculos internacionales.

Los aspectos reseñados explican su extraordinaria vulnerabilidad ante la embestida devaluatoria de principios de los 80: el enorme tamaño de las empresas, su especialización en la producción de bienes intermedios, y los fuertes compromisos contraídos en divisas internacionales, le restaron maleabilidad para enfrentar la coyuntura adversa detonada por la caída de los precios del petróleo. Así, entre 1980 y 1988, se redujo en cerca del 15% la importancia de su industria manufacturera, al tiempo que desaparecieron cerca de 42,000 empleos mientras el valor absoluto de la producción industrial cayó en 780 mil millones de pesos (Garza, 1995)<sup>26</sup>. Este momento crítico sería al mismo tiempo la antesala del exitoso proceso de reestructuración y apertura económica emprendido años más tarde. En el escenario nacional, la economía regiomontana ha sido de las pocas que ha logrado insertarse competitivamente en la arena internacional global, aunque esto no se logró de manera lineal y sin tropiezos.

---

<sup>26</sup> Sin duda, el símbolo más elocuente de la contracción industrial lo representa el cierre de la Fundidora Fierro y Acero de Monterrey en el año 1986, la que por sí sola era responsable del 12% de la producción industrial de la ciudad (Garza, 1995).

Para ello se vio obligada a emprender un audaz proceso de reconversión de su planta productiva, de modernización tecnológica e incorporación de técnicas de producción flexibles, así como de conformación de alianzas estratégicas con el capital transnacional (Pozas, 1999; García y Oliveira, 2001). El vidrio, el cemento, la cerveza, la siderurgia, los productos eléctricos, la construcción, los pisos y recubrimientos y la alimentación, son los sectores pioneros en el significativo proceso de transnacionalización vivido por esta metrópoli, liderado una vez más por empresas de gran tamaño (Alba, 1998). Del mismo modo que en Guadalajara, aunque quizás no con la misma intensidad, los costos de la apertura económica han recaído principalmente sobre las empresas pequeñas, las que con dificultad y no siempre con éxito logran escapar de las situaciones de crisis y/o estancamiento. Estas transformaciones han estado acompañadas, como en el caso de las metrópolis anteriores, de un incremento en la representación de los servicios en el conjunto de la economía (cuadro 1)<sup>27</sup>.

Aunque por las mismas características productivas (empresas grandes y formalizadas), y por el tipo de relación sindical establecida con los trabajadores<sup>28</sup>, la fuerza de trabajo de Monterrey ha gozado en términos comparativos de mejores condiciones laborales que la Guadalajara o la Ciudad de México<sup>29</sup>, las transformaciones descritas no han dejado de tener un impacto sobre la población trabajadora. Estas consecuencias resultan palpables en el aumento del porcentaje de los que reciben menos de un salario mínimo (Garza, 1999b) y de formas de flexibilización que aumentan de facto la desprotección laboral.

En suma, la dinámica socioeconómica seguida por estas metrópolis en los años finiseculares de crisis, reestructuración y apertura externa, arroja un balance desigual dependiendo del grado de especialización económica de las ciudades, su función en el nuevo entorno internacional, las condiciones desde las que se emprendió el cambio de rumbo, y las características idiosincrásicas de su estructura económica. Las ciudades de México y Monterrey, con una impronta fuertemente industrial y con una vocación internacional más definida, sufrieron agudamente el impacto de la crisis de los 80 y fueron obligadas -en parte por ello- a plantearse más tempranamente su

---

<sup>27</sup> Tan sólo entre 1970 y 1990, los servicios –excluyendo comercio y transporte– se expandieron de 29.8% a 34.1% en el conjunto de la economía (Garza, 1999). En 2000, y de acuerdo con nuestros datos, dicho sector absorbía en su totalidad al 57.4% de la PEA.

<sup>28</sup> De acuerdo con Alba (1988: 255), el paternalismo de los empresarios y el hecho de que los sindicatos sean en realidad organizaciones de las empresas y no dependan de las centrales oficiales, explican parcialmente la falta de combatividad de la clase trabajadora regiomontana.

<sup>29</sup> Estas diferencias obedecen principalmente a las mejores prestaciones, los más altos salarios y la estabilidad en el empleo.

refuncionalización económica en el entorno nacional e internacional. Mientras la primera ciudad vio disminuir el peso de su histórica preponderancia en la industria manufacturera en favor del sector servicios, la segunda mantuvo con altibajos su ascendencia en la generación de la actividad industrial, aunque con elevados costos sobre las pequeñas y medianas empresas y con la quiebra de algunas grandes de fuerte tradición. A partir de ese momento crítico la economía regiomontana logra situarse competitivamente en el terreno internacional modificando radicalmente las bases en las que se sustentaba su dinámica de crecimiento en el período anterior. Guadalajara, en cambio, con una vocación más local y regional centrada en la pequeña y mediana manufactura de base familiar, logra sortear relativamente mejor el impacto negativo del parteaguas de los 80, difiriendo en cierto modo el momento de la apertura externa. Cuando ésta arriba de la mano de una serie de factores de carácter económico y político<sup>30</sup>, encuentra inermes a los pequeños y medianos productores, los que carecen de recursos con que enfrentar las condiciones adversas de la creciente competitividad externa. El impacto es ahora relativamente mayor sobre la otrora relativamente cerrada economía jalisciense. Mientras la internacionalización de la Ciudad de México se cimenta principalmente en el sector servicios y en la industria manufacturera, la de Monterrey descansa ante todo en los grandes consorcios tradicionales ahora transnacionalizados. En el área metropolitana de Guadalajara, en cambio, es la industria maquiladora electrónica la punta de lanza del modelo de crecimiento en curso, la que ha crecido vertiginosamente a lo largo de los 90.

En cualquiera de los escenarios, los efectos sobre el mercado de trabajo han sido decisivos: feminización de la fuerza de trabajo, aumento de la precariedad laboral, deterioro de los ingresos, incremento de la disparidad salarial, de la informalidad, de la población carente de prestaciones y de la heterogeneidad laboral. También ha sido nota distintiva la expansión del sector servicios, en especial de los subsectores que peores condiciones ofrecen a la fuerza de trabajo urbana (el comercio y los servicios personales).

---

<sup>30</sup> Según destaca Alba (2005), los factores políticos refieren a la situación de relativa ingobernabilidad en que se encontraba el estado cuando arriba el partido de oposición (Partido de Acción Nacional) a la gubernatura del estado. Dicha ingobernabilidad era producto, tanto del descontento que las políticas económicas recientes habían ocasionado en la población, como de la violencia proveniente del narcotráfico. El impulso a la industria maquiladora de exportación permitiría sin duda a la administración panista relanzar el crecimiento económico y paliar el agudo malestar social.

### III. Tendencias de la segregación espacial socioeconómica en 1990 y 2000

Para evaluar los niveles de segregación en las tres áreas metropolitanas en los dos momentos del tiempo nos valemos de dos medidas complementarias: el índice de disimilitud (Duncan) y los llamados índices de exposición (Massey y Denton, 1988)<sup>31</sup>. Se utiliza como unidad de análisis el AGEB, por lo que en todos los casos los índices se refieren a la segregación espacial a escala de esta unidad geográfica. Con el fin de analizar las múltiples expresiones de la segregación socioeconómica, en lugar de elegir un único criterio de estratificación se optó por explorar los niveles de segregación en cuatro dimensiones: los ingresos laborales, la jerarquía ocupacional, la condición migratoria, y el nivel educativo. Esto derivó en el cálculo de un conjunto de índices basados en los siguientes criterios de estratificación:

1. Bajo ingreso laboral frente a alto ingreso laboral (escala individual). Los índices reflejan la segregación espacial entre los miembros de la PEA ocupados, divididos en dos grupos: alto ingreso (más de 8,950 pesos en 2000) y bajo ingreso (menos de 8,950 pesos en 2000).
2. Bajo ingreso laboral frente a alto ingreso laboral (escala hogar). Los índices reflejan la segregación espacial entre los hogares, divididos en dos grupos según su ingreso laboral total: alto ingreso (más de 17,900 pesos en 2000) y bajo ingreso (menos de 17,900 pesos en 2000).
3. Ocupación de alta jerarquía frente a ocupación de baja jerarquía. Los índices reflejan la segregación espacial entre los miembros de la PEA ocupados, divididos en dos grupos: trabajadores de alta jerarquía (ocupaciones no manuales de alta y media calificación) y trabajadores de baja jerarquía (otra ocupación).

---

<sup>31</sup> El índice de segregación o índice de disimilitud de Duncan (Duncan y Duncan, 1955), mide la distribución de un determinado grupo de población en el espacio. Oscila entre cero y uno, valores que corresponden análogamente a una distribución igualitaria y a una de máxima desigualdad o segregación. Su valor puede interpretarse como la proporción del grupo minoritario que tendría que cambiar de residencia para alcanzar una distribución igualitaria (Martori y Hoberg, 2004.). Una de sus limitaciones más señaladas es que es sensible al tamaño de las unidades espaciales implicadas. A su vez, los índices de exposición se refieren al grado de contacto potencial, o a la posibilidad de interacción entre grupos minoritarios y mayoritarios dentro del área geográfica de una ciudad. Antes que medir la segregación partiendo de una idea abstracta de igualdad, los índices de exposición intentan medir la experiencia misma de la segregación. En contraste con los indicadores de igualdad, los de exposición tienen en cuenta la representatividad de los grupos en la población total. Varían entre 0 y 1, y deben ser interpretados como la probabilidad de que, elegido al azar, un individuo del grupo X entre en contacto con uno del grupo Y (interacción), o del propio grupo X (aislamiento) (Massey y Denton, 1988; Martori y Hoberg, 2004). Estos índices no son sensibles al tamaño de las unidades espaciales, pero sí a los cambios en la composición de la población.

4. Alta escolaridad frente a baja escolaridad. Los índices reflejan la segregación espacial entre las personas mayores de 18 años, divididas en dos grupos: con algún grado aprobado de educación superior y sin educación superior.
5. Inmigrantes recientes frente a no inmigrantes. Los índices reflejan la segregación espacial entre las personas mayores de 5 años, divididas en dos grupos: aquellas que inmigraron a la ciudad durante los 5 años previos al censo y aquellas que residían ya en la ciudad 5 años antes del censo<sup>32</sup>.

A continuación se describen los hallazgos a partir de cada una de estas dimensiones (ver cuadro 2).

*a) El ingreso laboral individual y familiar*

Sin duda, de todas las facetas de la segregación espacial contempladas, es la del ingreso laboral la que muestra las variaciones más importantes a lo largo de la década de los 90. Independientemente de la metrópoli, o del tipo de ingreso laboral (individual o familiar), los indicadores son consistentes en mostrar un incremento considerable de la segregación espacial de acuerdo con esta dimensión. En general, las variaciones fueron bastante más acentuadas en el ingreso laboral familiar que en el individual, aunque éste expresa en conjunto un grado de disimilitud mayor, tanto en 1990 como en 2000. Y fueron también más marcadas en Guadalajara, seguida de la Ciudad de México, que en Monterrey. En efecto, el índice de disimilitud de Duncan (cuadro 2) presenta una variación de de 10 puntos porcentuales en el ingreso laboral de los hogares en Guadalajara, al incrementarse de 0.32 a 0.42 entre 1990 y 2000; de 8 puntos en Ciudad de México, al pasar de 0.33 a 0.45 en el mismo lapso; y de 5 puntos en Monterrey (0.44 a 0.49). Estos incrementos han terminado por acortar las distancias entre los índices de disimilitud espacial del ingreso individual y familiar, tornándolos más homogéneos. En otras palabras, si bien en 1990 la desigualdad espacial era bastante más acentuada a partir del ingreso individual que familiar, en 2000 sus valores han tendido a aproximarse en virtud del incremento generalizado de la distancia (desigualdad espacial) entre los grupos de altos y bajos ingresos durante la década, la que fue relativamente más marcada en el nivel de los hogares que de los individuos.

---

<sup>32</sup> Para esta última variable sólo existe información en el año 2000.

**CUADRO 2**

**Índices de segregación espacial por distintas características, Ciudad de México, Guadalajara, y Monterrey, 1990 y 2000**

	Cd. de México		Monterrey		Guadalajara	
	1990	2000	1990	2000	1990	2000
<b>Ingreso laboral (Bajo ingreso (BI) vs. Alto Ingreso (AI))</b>						
<i>Igualdad (Índice de disimilitud)</i>	0.43	0.47	0.50	0.53	0.41	0.47
<b>Exposición</b>						
<i>Contacto entre individuos de BI</i>	0.93	0.93	0.93	0.92	0.92	0.94
<i>Contacto de individuos de BI con individuos de AI</i>	0.07	0.07	0.07	0.08	0.08	0.06
<i>Contacto entre individuos de AI</i>	0.21	0.20	0.27	0.28	0.20	0.19
<i>Contacto de individuos de AI con individuos de BI</i>	0.79	0.80	0.73	0.72	0.80	0.81
<b>Ocupación (No Manual Calificado (NMC) vs. Otras (O))</b>						
<i>Igualdad (Índice de disimilitud)</i>	0.36	0.34	0.42	0.40	0.38	0.39
<b>Exposición</b>						
<i>Contacto entre individuos con O</i>	0.81	0.80	0.84	0.82	0.84	0.83
<i>Contacto de individuos con O con individuos con NMC</i>	0.19	0.20	0.16	0.18	0.16	0.17
<i>Contacto entre individuos con NMC</i>	0.34	0.34	0.36	0.36	0.31	0.32
<i>Contacto de individuos con NMC con individuos con O</i>	0.66	0.66	0.64	0.64	0.69	0.68
<b>Condición migratoria (inmigrantes vs. no inmigrantes)</b>						
<i>Igualdad (Índice de disimilitud)</i>		0.21		0.34		0.28
<b>Exposición</b>						
<i>Contacto entre inmigrantes</i>		0.10		0.23		0.12
<i>Contacto de inmigrantes con no inmigrantes</i>		0.90		0.77		0.88
<i>Contacto entre no inmigrantes</i>		0.93		0.94		0.94
<i>Contacto de no inmigrantes con inmigrantes</i>		0.07		0.06		0.06
<b>Nivel educativo (con Educación Superior (ES) vs. sin ES)</b>						
<i>Igualdad (Índice de disimilitud)</i>	0.37	0.37	0.44	0.46	0.42	0.46
<b>Exposición</b>						
<i>Contacto entre individuos sin ES</i>	0.86	0.85	0.87	0.85	0.88	0.86
<i>Contacto de individuos sin ES con individuos con ES</i>	0.14	0.15	0.13	0.15	0.12	0.14
<i>Contacto entre individuos con ES</i>	0.25	0.29	0.30	0.37	0.26	0.32
<i>Contacto de individuos con ES con individuos sin ES</i>	0.75	0.71	0.70	0.63	0.74	0.68
<b>Ingreso laboral de los hogares (bajo vs. alto)</b>						
<i>Igualdad (Índice de disimilitud)</i>	0.33	0.45	0.44	0.49	0.32	0.42
<b>Exposición</b>						
<i>Contacto entre hogares de bajo ingreso</i>	0.95	0.95	0.94	0.94	0.94	0.95
<i>Contacto de hog. de bajo ingreso con hog. de alto ingreso</i>	0.05	0.05	0.06	0.06	0.06	0.05
<i>Contacto entre hogares de alto ingreso</i>	0.10	0.13	0.15	0.19	0.10	0.12
<i>Contacto de hog. de alto ingreso con hog. de bajo ingreso</i>	0.90	0.87	0.85	0.81	0.90	0.88

Fuentes: Censos Nacionales de Población Vivienda, 1990 y 2000

Tanto en ésta como en las restantes dimensiones contempladas, los indicadores de *exposición* denotan lo que ha sido calificado como un rasgo distintivo de los patrones de segregación espacial en Latinoamérica, destacado ya: fuerte homogeneidad de los sectores populares y relativa heterogeneidad de los sectores altos. Así, independientemente del área metropolitana en cuestión, los individuos con bajos ingresos tienen una probabilidad superior al 90% de interactuar con otros individuos de su misma condición y –correlativamente-, un bajísimo chance (de entre 0.06 y 0.08) de hacerlo con los de altos ingresos; hecho que denota el fuerte aislamiento social de los pobres urbanos (Kaztman, 2001). Muy distinta es la situación que acontece en los grupos de altos ingresos. Estos no se encuentran realmente aislados, pues las probabilidades de que al azar puedan interactuar con personas de su mismo nivel de ingresos apenas fluctúan entre el 20 y el 30%, mientras que las de cruzarse con personas de bajos ingresos alcanzan valores del 70 al 80%. Los indicadores de exposición construidos no presentan prácticamente cambios entre los dos momentos del tiempo considerados. Es de destacar que tanto en el ingreso individual como familiar, Monterrey da cuenta de una menor probabilidad de contacto de los individuos de altos ingresos con sus opuestos y, en consecuencia, un aislamiento ligeramente mayor de los grupos situados en la cúspide de la estructura social.

#### *b) La ocupación y la escolaridad*

En general, los indicadores de *igualdad* denotan para el conjunto de las metrópolis un menor grado de segregación espacial en cuanto la ocupación o la escolaridad que al ingreso: los índices de disimilitud tienden a ser más bajos a partir de estas variables.<sup>33</sup>

En lo que se refiere a la ocupación, y en contraste con el ingreso, la segregación espacial medida a partir del índice de disimilitud, permanece inalterada entre 1990 y 2000, o bien desciende. Esta última situación ocurrió tanto en Monterrey como en la Ciudad de México, aunque las variaciones son mínimas. En consonancia con la menor inequidad relativa en la distribución del espacio de acuerdo con esta variable, es también relativamente más bajo el grado de aislamiento de los trabajadores con ocupaciones distintas a las no manuales de alta y media calificación, y considerablemente mayores las probabilidades de que individuos de otras ocupaciones

---

<sup>33</sup> La afirmación no se cumple para el caso de la escolaridad en Guadalajara.

interactúen con ellos (de entre 16 y 20%). Las tres metrópolis muestran probabilidades similares en los indicadores de *exposición* (aislamiento e interacción) de acuerdo con esta variable.

En cambio, la disimilitud espacial entre individuos con o sin escolaridad superior, aunque inferior también a la observada en el ingreso, se incrementa tanto en Guadalajara como en Monterrey entre 1990 y 2000, si bien muy levemente en esta última metrópoli. En la Ciudad de México no presenta variaciones. En la urbe tapatía el índice de disimilitud pasa de 0.42 a 0.46, indicando que ahora es mayor el porcentaje de AGEBS que habría que redistribuir –alrededor del 45%- para que hubiese una ubicación espacial equitativa o cercana a la igualdad entre las personas que poseen escolaridad superior y las que carecen de ella. En concordancia con los resultados de los indicadores de *exposición* en las demás variables, los individuos que carecen de formación escolar superior se encuentran mucho más aislados espacialmente que los que sí la poseen, pues la probabilidad de que ellos interactúen con personas de su mismo nivel de estudios ronda el 85%. Este valor apenas fluctúa entre 25 y 37% para las personas con escolaridad superior, denotando un bajo aislamiento. El incremento en la segregación espacial entre los grupos de mayor y menor escolaridad observado en Guadalajara y Monterrey durante estos años, estuvo acompañado de una acentuación de magnitud similar –de entre 6 y 7 puntos porcentuales- en el grado de aislamiento de los individuos con escolaridad superior y, correlativamente, de una disminución de la probabilidad de que ellos interactúen con sus opuestos: los que carecen de escolaridad superior.

### *c) La condición migratoria*

Como se señaló con anterioridad, los indicadores de segregación espacial para esta variable sólo pueden ser obtenidos para el año 2000, pues la información no se recoge con desagregación a nivel municipal en el censo de 1990. En tal sentido, la medición de la migración se elabora teniendo como período de referencia los cinco años anteriores al momento censal (1995-2000), por lo que se trata de inmigrantes recientes al área metropolitana, provenientes de cualquier lugar del país y del propio estado de residencia. Es quizás esta precisión lo que permite parcialmente entender los bajos niveles de segregación encontrados de acuerdo con esta variable (cuadro 2). En términos de *igualdad* puede hablarse de una baja disimilitud en la distribución espacial de los individuos migrantes respecto de los que no lo son en las tres urbes

metropolitanas. Quiere decir que las personas que pasaron a residir a alguna de estas tres ciudades en los últimos cinco años, no se encuentran espacialmente muy concentradas en relación a quienes ya vivían en ellas en esa fecha (lo que puede incluir a migrantes previos). Análogamente, y con base en los indicadores de *exposición* contenidos en el cuadro 2, es muy bajo el grado de aislamiento que en general sufren los migrantes, principalmente en la Ciudad de México y en Guadalajara, pues el chance de que ellos interactúen al azar con otros migrantes oscila entre el 10 y el 12%. Este único aspecto esboza una situación diametralmente opuesta a la descrita para la segregación espacial en el resto de las variables socioeconómicas utilizadas: el ingreso, la ocupación y la escolaridad. A su vez, la probabilidad de contacto (aislamiento) entre los no migrantes es altísima y, por tanto, extraordinariamente bajo el chance de que ellos interactúen con alguien que haya llegado a residir al área metropolitana en los cinco años previos al 2000.

Sin duda, los niveles sensiblemente bajos de segregación espacial de acuerdo con esta variable se relacionan con la menor importancia relativa que hoy en día posee la migración en su dinámica espacial. Conformadas como urbes metropolitanas en los años 40 y 50, estas ciudades jugaron un papel central como foco de atracción de la migración interna de alcance nacional (Ciudad de México) y regional (Guadalajara y Monterrey), respectivamente, en los años de fuerte dinamismo demográfico y expansión económica. En aquellos momentos, y década tras década, un parte importante del crecimiento urbano de dichas metrópolis tenía su origen en los traslados campo-ciudad<sup>34</sup>. El escenario del México finisecular es sin duda otro. La desaceleración del crecimiento demográfico y descenso en el ritmo de la urbanización han restado ímpetu a las corrientes internas de migración. El panorama sociodemográfico descrito en la segunda parte de este trabajo mostró el carácter netamente expulsor de la Ciudad de México, y de atracción moderada de Guadalajara y Monterrey. Es lógico, por tanto, que habiendo transcurrido ya los momentos de mayor dinamismo migratorio en las tres metrópolis de más larga data del país, y en un contexto de desaceleración del crecimiento demográfico, la migración reciente (de los últimos cinco años) haya perdido

---

<sup>34</sup> Entre 1940 y 1970, la población de Guadalajara creció a un ritmo medio anual del 5.5%. Gran parte de este crecimiento fue producto de la migración regional originada en los estados de Jalisco, Michoacán y Zacatecas. En el mismo lapso, la ciudad de Monterrey creció a una tasa del 5.8%, siendo las entidades de Nuevo León, Coahuila, San Luis Potosí y Tamaulipas, las que aportaban la mayoría de sus inmigrantes. Estos fueron responsables de la mitad del crecimiento poblacional registrado por Monterrey en el período en cuestión (Pozos, 1996).

fuerza como factor de diferenciación en la distribución espacial de su población residente.

#### **IV Cambios socioeconómicos y persistencia de la segregación espacial**

De los datos expuestos en los acápites previos, y de la recensión del estado del arte en los estudios de segregación espacial en México, emerge un panorama de cambios y no pocas continuidades en la división social del espacio metropolitano. Por un lado, los datos sugieren que el modelo económico en curso ha repercutido también sobre los patrones de segregación espacial en las tres primeras áreas metropolitanas del país, al menos en dos de sus dimensiones más significativas: el ingreso laboral y la escolaridad (en algunos casos). Por otro, los indicadores que miden la probabilidad de contacto entre los grupos situados en los puntos extremos de las distintas jerarquías sociales, reafirman la continuidad del fuerte aislamiento social que aqueja a los grupos menos favorecidos de la sociedad metropolitana en el México de finales del siglo XX.

En lo que atañe al primer aspecto, resulta evidente que los fuertes cambios por los que han transitado las tres de las principales economías metropolitanas del país, no se han traducido en un acortamiento de las distancias sociales y en una mayor equidad relativa, sino más bien en lo opuesto. La acentuación de la distancia social entre las personas situadas en los extremos de la pirámide de ingresos, una constante en las tres ciudades analizadas, deja al descubierto los efectos negativos del modelo económico en curso sobre la equidad social en la distribución del espacio urbano. Es de destacar que el ensanchamiento de la distancia fue todavía mayor en el nivel de los ingresos laborales de los hogares que en el de los individuos, alejándolos aún más de los ámbitos en los que residen quienes detentan la cima de la estructura de ingresos.

Esta creciente polarización espacial fue también observable en Guadalajara y, en menor medida, en Monterrey en el aumento del grado de disimilitud entre los grupos con atributos dispares en el nivel escolaridad (con y sin escolaridad superior). De modo que también ocurrió aquí una reversión en la tendencia a la equidad en la división social del espacio que el proceso secular de ampliación de la cobertura educativa y la tendencia a la consolidación urbana venían propiciando.

Una de las hipótesis que subyacen a la discusión de la relación entre cambios socioeconómicos y segregación espacial en el contexto de la globalización, es la referida formulación de Sassen (1991) acerca de la existencia de un correlato espacial entre la polarización y segmentación crecientes del mercado de trabajo, y la

polarización espacial de los grupos sociales en el hábitat urbano. Nuestros datos no fueron diseñados para lograr una verificación o refutación empírica de dicha formulación hipotética, por cuanto no formaba parte de nuestros objetivos la medición de la polarización *per se* en el mercado de trabajo, como tampoco su correspondencia o no con la distribución espacial. Y aun cuando fuera posible cuantificar la creciente polarización de las ocupaciones, restaría por sustentar su nexo empírico con el proceso de globalización, aislándolo de otros procesos concomitantes. Lo que nuestros datos sí permiten confirmar, dentro de sus limitaciones, es la agudización de la distancia social, de la segregación espacial socioeconómica entre los grupos situados en los extremos de la jerarquía de ingresos y, en algunos casos, también de la pirámide educativa en el contexto de los profundos cambios económicos acaecidos. En este sentido sí es posible hablar de una acentuación –en algunos indicadores socioeconómicos- de la polarización social en la distribución del espacio, sin establecer relaciones de causalidad.

La continuidad en el aislamiento social de los grupos menos favorecidos, el otro de los aspectos resaltado por nuestros datos, suscita a su vez varios puntos de reflexión. Es, ante todo, un hecho que se vincula directamente con lo que ha sido llamado el efecto “patológico” de la segregación espacial (Levy y Brun, 2000). El aislamiento espacial promueve por sí sólo efectos sociales perversos en la medida en que las fronteras entre los espacios residenciales abrigan la potencialidad de multiplicar las divisiones entre otras fronteras sociales (raza, clase, género) (Ibídem). Kaztman (2001) ha elaborado un complejo marco analítico para comprender el modo en que las distintas formas de segmentación (laboral, educativa y residencial) se refuerzan para dar lugar a un círculo vicioso de reproducción ampliada del aislamiento social en el que juegan un papel estelar los efectos excluyentes del modelo económico en curso. El aislamiento social de los pobres urbanos, por la triple vía del acceso restringido y segmentado al mercado de trabajo, a los servicios educativos y al espacio residencial (segregación espacial), constituye un obstáculo formidable en el proceso de acumulación de los activos necesarios para escapar de la pobreza, tendiendo así –en palabras del autor- un puente paradigmático con la exclusión social como característica distintiva de la sociedad actual (Kaztman, 2001:173). En su planteamiento hipotético, la segregación residencial incide negativamente tanto sobre el capital social individual como colectivo, y sobre el sentido de ciudadanía o pertenencia social de los individuos. Al encontrarse aislados socialmente, los pobres urbanos circulan en redes de relaciones sociales poco eficaces de cara a sus objetivos de movilidad social, a la vez que poseen escasos contactos con

modelos de rol exitosos, todo lo cual debilita su sentimiento de ciudadanía o pertenencia grupal.

Como señala Kaztman, lo paradójico es que esta menguante participación en los bienes materiales propiciada por el deterioro de la condición laboral, ocurre en el contexto de una creciente participación simbólica –vía los medios de comunicación- del conjunto de los estratos sociales en dicho bienestar, contradicción que acrecienta la vivencia de la privación relativa y abre la puerta a rutas ilegítimas de obtención del estatus social. Nuestros datos corroboran que el considerable aislamiento social de los grupos menos favorecidos (los de menores ingreso y escolaridad, y parte de los que cuentan con ocupaciones distintas a las manuales calificadas), constituye un rasgo de continuidad en los patrones de segregación espacial observados en las ciudades de México, Guadalajara y Monterrey, entre principios y finales de los noventa (1990 y 2000). Desconocemos, no obstante, en qué medida este aislamiento ha propiciado ya algunos de los numerosos elementos sociales disruptivos señalados por Kaztman (2001) y por la mayoría de los estudiosos de la segregación espacial (Massey y Denton; 1986, Levy y Brun, 2000). Lo que sí es inequívocamente cierto es que, tanto en México como en buena parte de los países latinoamericanos, las tendencias recientes de la urbanización han estado acompañadas de la irrupción de la violencia urbana, la mayoría de las veces ejercida con una finalidad económica, es decir, con el móvil expreso de apropiarse de los bienes materiales de otros (Portes y Roberts, 2005; Ariza y Ramírez, 2005)<sup>35</sup>.

## **V. Consideraciones finales**

Por las limitaciones que antes de 1990 las fuentes censales oponían a la desagregación espacial y a la comparación entre áreas metropolitanas, pocos estudios podían emprender sin dificultad estudios comparativos de la segregación espacial, esfuerzos que en todo caso se encontraban restringidos a la Ciudad de México. Por ello, el aporte de este trabajo consiste en evaluar las características de la segregación espacial socioeconómica en las tres metrópolis más importantes del país (Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey) en dos momentos del tiempo (1990 y 2000). El objetivo de nuestro análisis era determinar si los profundos cambios socioeconómicos vividos por el

---

<sup>35</sup> Así, por ejemplo, entre 1994 y 1997, justo los años que comprenden la crisis económica de fin de siglo, el índice delictivo del Distrito Federal creció extraordinariamente alcanzando una tasa anual de 35.4% en 1995. Los niveles alcanzados ese año fueron alarmantes, pues supusieron el paso de 180,000 delitos a 252,000 de un año a otro (FUNSALUD, 1999; Ariza y Ramírez, 2005).

país en las últimas décadas se manifiestan también en la desigualdad espacial socioeconómica entre grupos situados en los extremos de la jerarquía social. Con la finalidad de analizar algunas de las múltiples facetas de la segregación espacial se incluyeron cuatro dimensiones empíricas: los ingresos laborales (individuales y familiares), la jerarquía ocupacional, el nivel educativo y la condición migratoria.

Los resultados sugieren que en México la dimensión espacial no escapa a la profundización de las desigualdades sociales que caracteriza a los profundos cambios socioeconómicos sufridos por la región en las últimas décadas. Entre 1990 y 2000 ha ocurrido una ampliación de la distancia en la distribución espacial –la desigualdad social- entre los grupos de altos y bajos ingresos, y también en algunos casos la que media entre las personas con escolaridad superior en relación a las que carecen de este estratégico recurso social. Como en muchos otros procesos sociodemográficos, el ingreso continúa siendo la variable socioeconómica que mayor poder discriminatorio posee, la que más sensible se muestra para expresar con claridad diferencias de grado en la jerarquía social. La profundización de esta distancia fue más acentuada en el nivel de los ingresos laborales familiares que individuales, no obstante que desde 1984 el aumento continuo del número de perceptores por hogar ha sido el recurso al que por excelencia han acudido las familias mexicanas para frenar la caída ininterrumpida de sus ingresos (Rubalcava, 2001; Cortés, 2000).

Resulta claro que en el contexto de mayor segregación socioespacial que algunos de nuestros datos revelan, son pocas las posibilidades que los grupos menos favorecidos tienen de escapar al aislamiento social a que los condena la superposición de varios ejes de distancia social (segmentación educativa, laboral, residencial, étnica, de clase, etc.). La potencialidad que la segregación espacial encierra de multiplicar las barreras propias de otras fronteras sociales, halla sin duda un caldo de cultivo en la agudización de las brechas entre grupos sociales extremos que hemos descrito. Ya sea en la dimensión del ingreso, de la escolaridad o de la ocupación, las personas situadas en la base de la pirámide social continúan teniendo en México, tanto en 1990 como en 2000, muy pocas probabilidades de interactuar con quienes detentan la mayoría de los beneficios del bienestar social. Excluidos materialmente, estos grupos participan sin embargo simbólicamente de las ventajas de dicho bienestar gracias a la generalización de las expectativas de consumo que posibilitan los medios de comunicación de masas. La creciente violencia social que asola a las grandes urbes mexicanas, bien puede tomarse

como una expresión indirecta de los efectos corrosivos a que conduce la multiplicación de tales distancias sociales en el contexto de la globalización.

### **Bibliografía**

Alba, Carlos (1998), “Tres regiones de México ante la globalización: los casos de Chihuahua, Nuevo León y Jalisco”, en C. Alba, I. Bizberg y Hélene Riviere (coords), Las regiones ante la globalización, competitividad territorial y recomposición geopolítica, México, El Colegio de México.

Alba, Carlos (2005), “De la industria tradicional a la industria electrónica. Actores locales y globales en Guadalajara, Jalisco”, Estrada, Margarita y Pascal Lavase (coord.), Producciones locales y globales en los países emergentes: México, India y Brasil, CIESAS, IRD, México, D.F., pp. 39-91.

Alegría, Tito (1994), “Segregación socioespacial urbana. El ejemplo de Tijuana”, en Estudios Demográficos y Urbanos, vol. 9, no.2, mayo-agosto, Centro de Estudios Demográficos y Urbanos, El Colegio de México, México, D.F., pp.411-437.

Ariza, Marina (2005), “Mercados de trabajo urbanos y desigualdad de género en México a principios del siglo XXI”, en Enrique de la Garza y Carlos Salas, La situación del trabajo en México, 2004, UAM, IET, Solidarity Center y Plaza y Valdés, México, D.F., (en prensa).

Ariza, Marina y J.M. Ramírez (2005), “Urbanización, mercados de trabajo, y escenarios sociales en el México finisecular”, Portes, Alejandro, Bryan Roberts y A. Grimson (2005), La Ciudad Latinoamericana: Un Análisis Comparativo en el Umbral del Nuevo Siglo, Universidad de Princeton, Universidad de Texas en Austin, e Instituto para el Desarrollo Economico y Social (IDES), Buenos Aires, Argentina (en edición).

Arriagada Luco, Camilo y Jorge Rodríguez Vignoli (2003), Segregación residencial en áreas metropolitanas de América Latina: magnitud, características, evolución e implicaciones de política, CELADE-Division de Población, UNFPA, Santiago de Chile.

Arroyo García, Francisco (2001), “Dinámica del PIB de las entidades federativas de México, 1980-1999”, Comercio Exterior, vol.51 núm7, julio, pp.583-599.

Bendesky, León (2003), “Despliegue regional del empleo en las manufacturas” en Enrique de la Garza y Carlos Salas (coord), La situación del trabajo en México, UAM, IET, Solidarity Center y Plaza y Valdés, México, D.F pp. 273-296.

Borja, J. y Manuel Castels (1997), Local y Global. La gestión de las ciudades en la era de la información, Taurus, México.

Burguess, Ernst (1925), “Urban areas”, en T. Smith y D. White (eds.), Chicago: an Experiment in Social Science Research, Chicago, University of Chicago Press.

Carrillo, Jorge y M. Eugenia de la O (2003), “Las dimensiones del trabajo en la industria maquiladora de exportación de México”, en Enrique de la Garza y Carlos

Salas (coord.), La situación del trabajo en México, 2003, Plaza y Valdés, México, D.F., pp.297-322.

Chávez, Ana María (...), La nueva dinámica de la migración interna en México: 1970-1990, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, Cuernavaca, Morelos.

Cortés, Fernando (2000), “Crisis, miembros del hogar e ingresos”, en *Demos. Carta demográfica sobre México*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.,pp.35-36.

Delgado, Javier (1990), “De los anillos a la segregación. La ciudad de México, 1950-1987”, en Estudios Demográficos y Urbanos, vol 5, no.2 , pp. 237-274.

Duhau, Emilio (2003), “Division social del espacio metropolitano y movilidad residencial”, en Papeles de Población, Nueva Epoca, Año 9, No. 36, abril-junio, pp.161-210.

Duncan, Otis D. y B. Duncan (1955) . “A Methodological Analysis of Segregation Indices”, en American Sociological Review, 20 210-217.

Fleck, Susan (2001), “A Gender Perspective on Maquila Employment and Wages in Mexico”, en Elizabeth Katz y Maria Correia (ed.), The Gender of Economics in Mexico. Work, Family, State, and the Market, El Banco Mundial, Washington, D.C., pp.133-173.

FUNSALUD (1999), Información Básica sobre Indices Delictivos y Procuración de Justicia. Oficialía Mayor, 1989-1997, Gobierno del Distrito Federal, México, D.F.

García y Oliveira (2001), “Heterogeneidad laboral y calidad de los empleos en las principales áreas urbanas de México”, en Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo, año 7, número 14, Asociación Latinoamericana de Estudios del Trabajo, Buenos Aires, pp.145-164.

García y Oliveira (2003), “Trabajo e ingreso de los miembros de las familias”, en Enrique de la Garza y Carlos Salas (coord), La situación del trabajo en México, UAM, IET, Solidarity Center y Plaza y Valdés, México, D.F pp. 77-96.

Garza, Gustavo (1991), “Dinámica industrial en la Ciudad de México, 1940-1988”, en Estudios Demográficos y Urbanos, Vol. 6, No.1, (16), pp.209-214.

Garza, Gustavo (1995) (coord.), Atlas de Monterrey, México, Gobierno del Estado de Nuevo León, Universidad Autónoma de Nuevo León, Instituto de Estudios Urbanos de Nuevo León, El Colegio de México.

Garza, Gustavo (1999a), “La estructura socioespacial de Monterrey, 1970-1990”, en Estudios Demográficos y Urbanos, vol.14, no. 3, septiembre-diciembre, pp.545-597.

Garza, Gustavo (1999b), “Monterrey en el contexto de la globalización”, en Esthela Gutiérrez Garza (coord.), La Globalización en Nuevo León, Universidad Autónoma de Nuevo León, México, pp. 19-50.

Hernández Gómez, Emilio (2001), “Globalización y segregación urbana en Tijuana, Baja California, en Comercio Exterior, vol. 51, núm 3, marzo, pp.234-242, México, D.F.

Kaztman, Rubén (2001), “Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos”, en Revista de la CEPAL, No. 75, Santiago de Chile, pp., 171-189

Lévy, Jean-Pierre y Jacques Brun (2000), “De la extensión a la renovación metropolitana: mosaico social y movilidad”, en Françoise Dureau, Veronique Dupont, Eva Lelievre, J.P Lévy y Thierry Lulle (coord.), Metrópolis en movimiento. Una comparación internacional IRD, Universidad Externado de Colombia y Editorial Alfa y Omega, Colombia, p. 147-161.

Martori i Cañas, J. C. y Karen Hoberg (2004), “Indicadores cuantitativos de segregación residencial. El caso de la población inmigrante en Barcelona”, en Geo Crítica Scripta Nova, revista electrónica de geografía y ciencias sociales, ISSN: 1138-9788, Universidad de Barcelona, vol. VIII, núm.169, 15 julio 2004.

Massey, Douglas y Nancy Denton (1988), “The Dimensions of Residential Segregation”, en Social Forces, Vol. 67, No. 2, diciembre, pp. 281-315.

Millán, Henio (2000), “Exportaciones y servicios financieros en la globalización”, en Gustavo Garza (coord.) La Ciudad de México en el fin del segundo milenio, México, El Colegio de México, pp. 195-201.

Oliveira, Orlandina de y Brígida García (1996), “Cambios recientes en la fuerza de trabajo industrial mexicana”, en Estudios Demográficos y Urbanos, Vol.11, No.2, mayo-agosto, pp. 229-262.

Oliveira, Orlandina, M. Ariza y M. Eternod (2001), “La fuerza de trabajo en México: un siglo de cambios”, en J.G. de León y C. Rabell (coord.), La población de México: Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI., CONAPO y F.C.E., México, D.F., pp. 873-923.

Olivera, Lozano Guillermo (1997), “Transformación metropolitana en México: efectos económico-territoriales del comercio exterior”, en Comercio Exterior, vol. 47, núm.4, pp 259-269.

Portes, Alejandro, Bryan Roberts y A. Grimson (2005), La Ciudad Latinoamericana: Un Análisis Comparativo en el Umbral del Nuevo Siglo, Universidad de Princeton, Universidad de Texas en Austin, e Instituto para el Desarrollo Económico y Social (IDES), Buenos Aires, Argentina (en edición).

Pozas, María de los Angeles (1999), “Estrategias de globalización y encadenamientos productivos: el caso de Monterrey”, en Esthela Gutiérrez Garza (coord.), La Globalización en Nuevo León, Universidad Autónoma de Nuevo León, México, pp., 51-114.

Pozos, Fernando (1996), Metrópolis en reestructuración: Guadalajara y Monterrey, 1980-1989. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, Jalisco.

Preteceille, Edmond y Luis Cesar Queiroz Ribeiro (1999), "Tendencias da segregacao social em metrópoles globais e desiguais: Paris e Rio de Janeiro nos anos 80", en EURE (Santiago), vol. 25, no. 76, diciembre, Santiago de Chile, Chile (<http://www.Scielo.cl/scielo.php?>).

Rodríguez Bautista, Juan Jorge y María del Rosario Cota Yañez (2001), "Efectos de la reestructuración económica en la zona metropolitana de Guadalajara", en Comercio Exterior, vol.51, no.7, julio, pp.634-642.

Ros, Jaime (1985), "La crisis económica. Un análisis general", en P. González Casanova y H. Aguilar Camín (coord.), México ante la crisis, Siglo XXI, Vol.1, pp,135-154.

Rubalcava, Rosa María y Marta Schteingart (1985), "Diferenciación socio-espacial intraurbana en el área metropolitana de la ciudad de México", en Estudios Sociológicos, vol.3, núm.9, septiembre-diciembre, (pp.481-514).

Rubalcava, Rosa María y Marta Schteingart (1987), "Estructura urbana y diferenciación socioespacial en la Ciudad de México, 1970-1980", en Gustavo Garza (coord.) Atlas de la Ciudad de México, el Colegio de México, México, D.F., pp.

Rubalcava, Rosa María y Jorge Chavaría (1999a), "La marginación en la zona metropolitana de la Ciudad de México", en Gustavo Garza (coord.), Atlas demográfico de México, CONACULTA y PROGRESA, México, D.F., pp. 59-62.

Rubalcava, Rosa María y Jorge Chavaría (1999b), "La marginación en Puebla, Guadalajara y Monterrey", en Gustavo Garza (coord.), Atlas demográfico de México, CONACULTA y PROGRESA, México, D.F., pp. 63-83.

Rubalcava, Rosa María y Marta Schteingart (2000a), "Segregación socioespacial", en Gustavo Garza (coordinador), La Ciudad de México en el fin del segundo milenio, Gobierno del Distrito Federal y El Colegio de México, México, D.F., pp.287-296.

Rubalcava, Rosa María y Marta Schteingart (2000b) "La división social del espacio en las grandes metrópolis mexicanas. Un estudio comparativo", en El mercado de valores, Nacional Financiera, abril, pp.20-33.

Rubalcava, Rosa María (2001), "Evolución del ingreso monetario de los hogares en el período 1977-1994", en J. Gómez de León y C.Rabell (coord.), La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI, CONAPO y FCE, pp 694-724.

Sabatini, F. (2003), "La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina", Serie Azul, No.35, julio, Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.

Sassen, Saskia (1991), The gobal city: New Yorl, London, Tokio. New Jersey, Princeton University Press.

Schteingart (2001), “La división social del espacio en las ciudades”, en Perfiles latinoamericanos, Año 10 No. 19, pp. 13-32, México, D.F.

Sobrino, Jaime (2003a), Competitividad de las ciudades en México, El Colegio de México.

Sobrino, Jaime (2003b), “Zonas metropolitanas de México en 2000: conformación territorial y movilidad de la población ocupada”, en Estudios Demográficos y urbanos 54, vol.18, no.3, El Colegio de México, pp. 461-507.

Stanback, T. y T. Noyelle, (1982), Cities in transition. New Jersey: Allanheld, Osmun & Co. Publishers.